

LA AVENTURA DE ISIDRO

Emilia Pardo Bazán

ÍNDICE

Capítulo I	633
Capítulo II	639
Capítulo III	647
Capítulo IV	657
Capítulo V	663
Capítulo VI	667

I

AL recibir el telegrama urgente, Isidro Granados se sobrecogió. No porque no esperase, de un modo vago, la herencia de aquella tía, hermana de su madre, que le mantenía alejado y le pasaba mezquinas cantidades, siendo «poderosa» —al decir de la poca gente que la conocía—. Pero Isidro tenía un alma confitada en miel; no deseaba la muerte a nadie, y la idea de heredar no fue la primera que se presentó a su mente: pensó, ante todo, en los sufrimientos de la pobre señora... ¿Qué enfermedad sería la suya?

Buscó Granados una maleta vieja (la única que poseía), la surtió como pudo, y, puesto que el tren no salía hasta las ocho de la noche, y eran las cuatro de la tarde, salió hacia el café donde mataba el tiempo en compañía de varios amigos. Calentáronle éstos la cabeza. ¡Iba a ser opulento! ¡Buena vida le esperaba, eh! Juerga redonda...

—Ya saben que no soy juerguista...

El tren llegaría a la madrugada a la ciudad de San Farrés, próxima a la frontera de Los Pirineos. Acomodose Isidro para pasar la noche; desató su manta y se extendió cómodamente, pues iba solo en el departamento. Empezó a cavilar en el porvenir, en el cambio de vida que el triste suceso pudiera acarrearle. Era huérfano, y sus padres apenas le habían dejado para comer. Su madre, casada a disgusto de la familia, solía acudir a la protección de la tía Mercedes, a quien su marido, negociante, había legado considerable capital. Al enviudar, doña Mercedes, entregada a la devoción, se retiró a la hermosa casa que en San Farrés había edificado su marido. Era la ciudad, casi fronteriza, punto estratégico para el negocio de transportes. No daba mu-

cho la tía Mercedes, generosa, pero más da el duro que el desnudo...

Y el futuro heredero pensaba que ahora, con la fortuna, podría al fin saciar su anhelo de aventuras amorosas. Su imaginación, impregnada de romanticismo, exigía, para el amor, que las circunstancias exteriores no marchitasen la poesía. La pasión reclama un fondo bello, sin prosaísmos de economías miserables. Enamorado por naturaleza, Isidro sólo recordaba episodios de muy bajo vuelo. Y soñaba con una mujer elegante, fina, atractiva, que usase perfumes caros y una ropa interior como espuma...

Al conciliar el sueño, imágenes halagadoras le asaltaron. Vio a la mujer, la vio; pero un velo le tapaba la cara, y en vano se esforzaba Isidro por apartar la gasa sutil. Bajo la gasa se adivinaba únicamente una boca muy roja. Despertose el viajero. Una de sus piernas estaba completamente entumecida, hecha un cepo; con frecuencia le sucedía lo mismo, hasta en la cama. Se aporrecó para provocar el hormigueo, y miró por la ventanilla.

Empezaba a amanecer un día gris, sucio; corrió una ventolina desagradable, y la serie de montañas ensombrecía el horizonte.

Algo molido, aburrido de la fealdad de las cosas a su alrededor, Isidro volvió a reclinarsse, arrebujado en la manta. Faltaba aún hora y media para llegar. Dormitó, sin reposar verdaderamente.

En el andén vio destacarse, en primer término, la conocida figura de Tolosa, el firmante del telegrama. Era un vejezuelo seco lo mismo que una seta madurada al sol, con gafas de oro y patillas amarillentas, más que blancas. Poseía Tolosa la omnímoda confianza de doña Mercedes, y se ocupaba de sus asuntos; conocíale Isidro porque a veces, en Madrid, le había entregado pequeñas sumas, dándole sanos consejos, que no le impresionaban mucho por la casualidad de haber visto al veje te en algún rincón no muy santo.

—No, no ha muerto todavía la pobre —fue la respuesta a la primer pregunta—. Sin embargo, el médico cree que está muy mal, muy mal. Lo que tiene... es ya antiguo, pero ahora hizo explosión. Un cáncer en el vientre...

Volviéndose hacia un mozo que esperaba, calada la boina, tieso como un poste, interrogó a Granados:

—¿Prefiere usted hospedarse en casa o en la fonda?

Isidro calculó que en la fonda gozaría de más libertad, y exclamó:

—Prefiero la fonda... ¿No le parece a usted?

—Como usted guste... —Y volviéndose al de la boina, ordenó:

—A la fonda de Francia la maleta del señor. ¿No trae usted más equipaje?

—No... Yo no sabía...

—Bien; era por si tenía usted que entregar el talón ...

Isidro, titubeando, murmuró:

—Y mi tía... ¿ha preguntado por mí?

Detrás de las gafas de dorado cerco, los ojillos de Tolosa despidieron como una chispa. Comprendía perfectamente el sentido de la frase. Lo comprendía más allá que el mismo que la había pronunciado.

—Preguntó ayer mañana, y ésa fue la razón del telegrama que me he atrevido a dirigir a usted. Por lo demás, don Isidro, yo conozco las voluntades y disposiciones de la respetabilísima señora. Me honraba con una confianza que no merezco. Si ocurre la... la desgracia que se teme, sabrá usted sin tardanza lo que pueda interesarle. Hasta tanto, guardaré la discreción debida...

Platicaban así, subiendo una cuesta para atravesar el famoso puente de que se enorgullece la ciudad. Las aguas del río, crecidas, espumaban contra los arcos con un gluglú fúnebre y ronco. Isidro, con el corazón hecho una pasa de puro arrugado, protestó:

—No es mi ánimo averiguar nada de eso... Lo que importa es que tía Mercedes sane.

Hizo Tolosa con la cabeza el movimiento que significa desesperanza, y no pronunciaron otra frase hasta dejar atrás el puente y varias callejas y plazuelas y llegar a una mayor que todas en uno de cuyos frentes se alzaba el palacio construido por el esposo de doña Mercedes, sobre el solar de la casa en que nació —unido a otros—. La criada que abrió la puerta tenía cara de sueño.

Isidro y Tolosa cruzaron estancias y penetraron hasta el cuarto de la enferma. Demacrada y escuálida, hundida en las sábanas, que acababan de mudar, dijérase que había entrado ya en la eterna noche. No atendía a nada; no conoció a su sobrino ni respondió con demostración alguna a los cariñosos «¡Tía, tita!» que éste pronunciaba besándole una mano. Isidro, en aquel instante, había olvidado toda cuestión de interés; aquella mujer que sufría era la hermana de su madre. Unas lágrimas juveniles saltaron de sus ojos. Llegaba entonces el médico, que después de haber pasado parte de la noche allí se había recogido a su casa, y venía congestionado del poco dormir y del coñac con que quiso restaurarse.

Al saber que Isidro era el sobrino, se ofreció:

—A su disposición, señor de Granados... ¡Y no hay que apurarse, eso nunca!

—¿Cree usted que todavía?

—Verá usted... En mi humilde opinión, vida hay aún... Y mientras hay vida...

Isidro suspiró, aliviado de la pena inmediata, y decidió:

—Siendo así, voy un instante a la fonda, a lavarme y arreglarme y a tomar el desayuno. Volveré cuanto más pronto.

Tolosa, cortés, no quiso dejarle sino a la puerta de la fonda misma. Subió Isidro. Una moza no muy aseada barría desmaledosamente la escalera. Necesitó Isidro insistir mucho para que le llevaran a la habitación, amplia y sin confort, unas jarras de agua caliente. Con ellas y su frasquito de colonia practicó los ritos de limpieza. Frotado, peinado, mudado, se sintió, sin definir la razón, invadido por una especie de alegría de mocedad. Pasó al comedor y le sirvieron un café con la leche casi fría y la manteca rancia.

Cuando extendía una capa sobre el pan tostado, una mujer vino a sentarse ante la misma mesa, frente a él. La miró Isidro y sufrió como un choque eléctrico. A esta clase de choques se hallaba muy habituado; solía experimentarlos cada vez que se encontraban sus ojos con unos femeniles, de honda sugestión. ¡Los ojos de las mujeres parecen decir tantas cosas que después la lengua no repite y el corazón menos todavía! Ello es que la desconocida dirigió a Isidro, así que notó que éste la contemplaba,

un ligerísimo saludo, que él contestó respetuosamente. Una de las cosas que perdían a Isidro, al ponerse en contacto con las mujeres, era la sobra de respeto.

Ello fue que la señora o señorita —¡vaya usted a saber!— hizo a Isidro un gesto imperceptible, con el cual señaló la mantequera, y él se apresuró a pasársela, pidiendo a la vez perdón de no haberlo hecho antes. Ella sonrió, azucarada. Sería como de veintiocho a treinta años; más bien alta, pálida, con ardiente palidez de pétalo de magnolia; los ojos, entre verdes y grises, color de perla fina, y el pelo más bien rubio, peinado con arte y coquetería, en tejadillo sobre la frente. Su falda violeta y su blusa de franela blanca moldeaban, según la moda, su cuerpo, de curvas delicadas y como dibujadas muellemente en líneas insinuantes. Al alargar la mano para tomar la mantequera exhaló una bocanadita de perfume de alguna flor exótica.

No había menester tanto Isidro. Iba a emprender conversación; pero se lo impidió una especie de cortedad singular, el temor a ser entrometido o ridículo. Para cohibirle más, otro viajero acababa de entrar en el comedor y de sentarse, pidiendo también café con leche. Aunque Isidro no estuviese para reparar en él, todavía se dio cuenta de que no era ni viejo ni feo, sino, al contrario, mocete vigoroso, de doblada cabellera y negríssimos cabos. Fue después, al desarrollarse los sucesos, cuando recordó Isidro que desde el primer momento aquel individuo le molestó. No podía pasar inadvertido, y antes de sentir amor —caso no infrecuente— sintió Isidro una ráfaga celosa.

La desconocida le ahorró el trabajo de iniciar la conversación, diciéndole con leve mohín de disgusto:

—¡La manteca no es buena! Aquí no es buena nunca...

Tan vulgar frase fue pronunciada en tono gratamente humorístico, con la voz más melosa y suave. Isidro contestó al azar:

—Sí, siempre está rancia. En Madrid, en las fondas, pasa lo mismo...

—¿Usted llega de Madrid?

Después de la interrogación, cortada estaba la tela. Media hora después, habiéndose retirado en silencio el viajero guape-tón, charlaban aún la damisela y el presunto heredero de doña Mercedes. Sabía éste que la desconocida atendía por Amanda,

que venía de París huyendo de la guerra y porque el gran establecimiento de ropa blanca de que era gerente se había cerrado; que esperaba encontrar medios de vida en Madrid, pero descansaba unos días en San Farrés; que el aire era muy bueno, y las vistas incomparables. Isidro, discreto, no contó su historia. ¡Que le enseñasen a él prudencia!...

Sólo lanzó que tenía enferma a una persona de su familia, y necesitaba volver a su lado.

—¿Tendré el gusto de verla otra vez a la hora del almuerzo?

Amanda contestó que sí; pero que ya a la de la cena no sabía lo que pasaría, porque acaso siguiese viaje a Madrid aquella misma tarde.

—¿Tan pronto? ¡No haga usted eso! ¡Si yo pudiese acompañarla a usted a ver muchas cosas bonitas que dicen que hay en San Farrés! ¡El castillo de Rocador...! ¡El valle de las Encinas!

Y cuando ella hacía un gracioso esguince de indiferencia o resignación, apareció en el comedor el propio Tolosa, a paso menudito de codorniz, brillándole más que nunca el cerco de las áureas gafas.

—Conviene que mi don Isidro se venga —le advirtió quedo—. Parece que ha empeorado la señora.

Inclinose Granados ante la francesita, y siguió al hombre de confianza de doña Mercedes. Iba de malísima gana, como los perros a quienes se lleva de las patas de delante para obligarles a salir de donde se hallaban bien, y vuelven atrás la cabeza, y van con el instinto y el cuerpo en sentido contrario de la dirección que les imprimen.

II

A PENAS habían andado diez pasos, Tolosa le interpeló:
—Don Isidro, yo no quisiera molestarle con advertencias que no se me piden...; pero mi lealtad a su señora tía..., la edad que le llevo a usted...

—¿Qué ocurre?

—Que no le conviene ponerse en relación con gente que no se sabe quién es ni de dónde procede. En estos momentos, más que en ninguno. Aquí, por la proximidad de la frontera, se des-cuelgan muchos extranjeros, Dios sabe con qué fin.

—Con el de huir de la guerra —declaró aturdidamente Isidro.

—¡Hum!, ihum! ¡Vaya usted a saber! A mí no me dan buena espina, y todos desconfían de ellos. En la fonda de Francia hubo varios, que fueron desfilando; y lléveme el diablo si no eran apaches. Aún queda esa francesita y uno que se dice italiano, que parece un maniquí de sastrería. Mucho ojo, don Isidro.

—A mí, ¿qué me pueden hacer? —interrogó, impaciente, Isidro—. Aunque fuesen bandidos, yo, por lo escurrido de mi bolsa...

Tolosa se paró en seco.

—¿Necesita usted dinero? Puedo adelantarle lo que le haga falta. *Ya* no debe usted pasar apuro alguno...

—No, no se trata de eso... Más adelante... Sólo quise decir... suponiendo que... con el tiempo... yo pueda tener algo de capital, no hay apache que lo sepa.

Tolosa vibró un centelleo de gafas de oro.

—¿Se figura usted eso? Desde ayer a mediodía está enterado todo el pueblo de que va usted a venir, y añaden que será usted

el heredero de doña Mercedes. Anoche, en la mesa redonda de la fonda, fue ése el tema favorito. Conque, ¡ojo al Cristo, que es de plata!

Sentose Isidro a la cabecera de la moribunda, sufriendo el olor farmacéutico de los frascos atropellados en la mesa de noche, y el mal ambiente de las habitaciones donde hay enfermo grave. Un reloj metido en su estuche repujado iba marcando las lentas horas. Una sierva de María, sentada en silla baja, laboraba asiduamente, levantándose de vez en cuando para acercarse a la señora, administrarle alguna poción, introducirle en la boca algún alimento líquido. De fuera no venía más ruido que el tintineo de los cascabeles de las mulas que arrastraban una carreta y voces de chiquillos, en la plaza, entonando una canción, seguramente antigua:

Franceses vienen, madre;
franceses de a caballo...

Isidro, inmóvil, se consumía de impaciencia. Estaría Amanda ya aguardándole en el comedor, y sus manos de nácar, con uñas bien recortadas, rosadas, relucientes, que parecían pulidas conchuelas de mar, partirían el panecillo... A cada cinco minutos miraba el reloj, en el ansia de que el tiempo pasase. Un poco antes de la una, no pudiendo aguantar más, se levantó, y se deslizaba ya por el pasillo que seguía al dormitorio, procurando no hacer ruido, cuando se interpuso una sombra.

—¿Adónde bueno, don Isidro?

Era el eterno Tolosa. Si el pasillo no estuviese en penumbra se vería la expresión de contrariedad del joven.

—¡Como ahora parece que está un poco más descansada... iba... iba a almorzar!

—Buena idea —replicó el viejo, afablemente—. El almuerzo debe de estar listo. Vamos; yo también empezaba a sentir debilidad... Ya verá usted qué bien guisa la cocinera. ¡Lleva en la casa quince años!

Sin esperar respuesta, se dirigió al comedor, de amazotado mobiliario y muy surtido de plata. Tolosa apretó un timbre, pidiendo el almuerzo inmediatamente. Cinco minutos después lo

servían, copioso y bien condimentado. Pero a Isidro le supo a rejalgar. ¡Cuánto mejor la manteca rancia y los manteles equivocados de la fonda! Allí estaba la mirada de aquellos ojos de perla oscura y aquel reír cristalino, y aquella boca prometedora, avivada con ligerísimo retoque rojo. Y se consumía pensando si tal vez ella se marchaba aquella tarde, y no la veía ya más en el mundo. ¡Sólo a él le sucedía! ¡Encontrar la mujer hecha a medida de su sed de aventura, y tener que perderla! Comía de través, medio desganado por el malhumor. Tolosa, en cambio, daba su valor gastronómico a cada bocado. Aquella Jacinta, la cocinera, era mucha mujer. No existía otra para el punto de un arroz y el sainete de un estofado con macarrones.

—Muy distraído le veo, don Isidro. ¿Qué tiene? ¿No le gusta algún plato? Pueden hacerle huevos fritos, magras...

—No; todo está muy bueno —respondió evasivamente—. Es que me encuentro así..., como desazonado, de la mala noche.

—Y también será el disgusto —repuso Tolosa.

—Sí, también eso —aprobó Isidro, que pensó para sí: «En efecto: yo debía estar más disgustado, y dejarme de aventuras.»

Libaron el café, una esencia deliciosa, y copitas de anisado. El médico apareció. Venía de ver a doña Mercedes, y traía la faz enigmática que gastan los de su profesión cuando comprenden que se les va a pedir un fallo que no saben pronunciar.

—¿Qué hay, doctor? —preguntó Tolosa.

—Pch... —Se sentó, aceptando el café que se le brindaba—. Mejoría no noto, pero tampoco creo inminente un desenlace. El pulso hasta se ha normalizado un poco. Parece que acepta y tolera la poción. Vamos tirando...

—¿Anisete? —preguntó haciendo un esfuerzo de amabilidad Isidro.

—Mil gracias; venga una copita... Licor de damas, ¿eh? Yo suelo gastar un Chinchón... que se lo prohíbo a mis enfermos. ¡Je, je! Pero en nuestra profesión hace falta algo que le tenga a uno de pie, porque se ven cosas... Ayer tuve un parto laborioso...

—¿Y qué hay de la guerra? —preguntó el pulcro Tolosa, para cambiar la conversación, pues sabía que el galeno era pródigo en detalles.

—Nada... entre dos platos..., entre dos trincheras..., si ustedes prefieren... El señor, que viene de Madrid, traerá noticias más frescas del Káiser, ¿no?

—¡Bah! Lo que se oye en los cafés..., lo que se lee en los diarios... Todo confuso, incierto. Creo que ganan los alemanes.

Tolosa se alegró, y el médico protestó. Eran opuestos: germanófilo aquél, francófilo éste. Se enzarzaron. Lo de hacer tropelías con niños, viejos y doncellitas indefensas, pura barbarie. Tolosa protestaba. No era el Evangelio cuanto telegrafían las agencias... También fusilaban los ingleses... Además, siendo buen español, Gibraltar... —Funestísima resultaba la discusión para el anisete. Hubo un momento en que terció en ella Isidro. Defendía a Francia, influido inconscientemente por el recuerdo de los ojos, y los labios, y la curva de la espalda, divina curva... Y como levantasen la voz, Tolosa hizo: «¡Chsss! ¡Puede oírse en la alcoba! Yo, allá me voy; que la sierva tiene que comer ahora, ella solita..., sin que la vea nadie ni la sirva, sino una mujer...»

Fuese el médico, dispuesto a volver a cosa de las tres de la tarde, y Tolosa y el sobrino se recogieron adonde moría doña Mercedes. La monja al llegar ellos, pasó al comedor a su vez. No se atrevían ni a cuchichear, tan imponente era el aspecto de la moribunda, y la fatiga, que, por instantes, hacía jadear su pecho y silbaba en su garganta. Isidro, para olvidar aquel cuadro, pensaba con intensidad en la desconocida de la fonda. Se le figuraba en momentos de ternura, suelto el sedoso pelo con reflejillos de oro, anegados los ojos, abiertos los brazos. ¿Qué palabras balbucearía? Un deseo infinito, irresistible casi, le atacaba como un acceso de calentura. ¡Y no poder verla! ¡Y si se marchaba! Inclinandose al oído del procurador, murmuró:

—Tengo un dolor de cabeza que no aguanto... Si usted se queda aquí como media hora, voy a ver si tomando un poco el aire...

Tolosa, que las daba de conocedor del corazón humano, alzó un dedo como un palito de canela, y amenazó:

—¡Ah, joven, joven! Pero, cuidado, ¿eh? ¡Mire usted que no me parecen trigo limpio!

—Cuidado, ¿de qué, señor Tolosa?

—Bien lo sabe usted... ¡Las salpicaduras de la guerra nos están arrojando aquí una gente...!

Escurriose, por fin, Isidro, y púsose en la fonda en dos saltos. Preguntó, ansioso, al camarero:

—¿La señorita Amanda?

—En su cuarto está.

—¿Quiere preguntarle si me recibe?

Sonrió el mozo con su boca de buzón, en silencio. Obedecida la orden, momentos después entraba Isidro en la habitación de Amanda. Flotaba en ella aquel olor delicioso de flores de países calientes, y sobre la vulgar cómoda unas ramas silvestres, largas, en un violetero, eran una nota de buen gusto. En desorden, ropas con encajes y lazos de seda colgaban de una percha y se esparcían por sillas y encima de la cama. Eran enaguas de colores bonitos, pantalones con entredoses, batas fofas y espumosas, y algún par de zapatos, de alto tacón y hebilla fulgurante. Amanda se reclinaba en el sofá, vestida como por la mañana, afectando leer en un libro de cubierta amarilla.

Isidro avanzó, suspenso el respirar. Las vehemencias que le enloquecían en la alcoba de la enferma habían desaparecido. Sentía ese temblor interno que no sólo es compañero habitual del verdadero amor, sino también del deseo exaltado.

Ella rompió a hablar, con alarde de finura.

—Es usted *trop* amable en venir a verme...

—¿Se va usted, por fin, esta tarde? —fue la afanosa pregunta de Isidro.

—No, porque espero fondos de Francia. ¡Ah, el pícaro dinero! Sin él nada se hace.

Isidro quedó confuso. ¡Dinero! Después de todo, ¿qué tendría de particular? Era hasta una confianza la que Amanda hacía de él. Y él podía, según los ofrecimientos de Tolosa... Se reprendió a sí mismo por el culpable pensamiento. Deseó a su tía largos años de existencia... Y, en voz alta, soltó:

—Ojalá no llegue el dinero que usted espera. Así no se irá tan pronto. Durante el tiempo que esté yo aquí quiero que usted tampoco se vaya.

Amanda se echó a reír, con su risita de copas de cristal entrechocándose.

—Siéntese usted —le invitó—. ¿Qué es eso de *yo quiero, yo quiero*?

Isidro pidió excusas, y ella añadió:

—¿Por qué tanto empeño en que no me vaya? Esta mañana, ni me conocía usted. ¿Qué le importa de mí?

—¡Qué me importa! ¿No lo comprende? Pues se me figura...

—¿Tan pronto? ¿En un día apenas?

Recordó Isidro lecturas del antiguo teatro español, y las aprovechó oportunamente. En un día nace un hombre. En un día, muere. En un día cae un Imperio. ¿Por qué no se ha de amar en un día?

—*Allons* —articuló ella—. Usted podrá amarme así, en un día, y hasta en un minuto; pero yo necesito más tiempo para creerlo —añadió apartándose hacia la esquina del sofá, porque el joven se acercaba más de lo preciso—. Como usted me encuentra así, sola en este rincón del mundo, supondrá que soy una *cocotete*... Pues soy una mujer *très, très* honrada.

—¡Amanda! —suspiró él, apelando al sortilegio del nombre de pila.

—¡No hay Amanda que valga! —respondió la extranjera—. Ya, ya comprendí que usted me tomaba por conquista fácil. Desengáñese. En mi patria somos así: parecemos alegres, sin beaterío, sin hipocresía, iole, ole!, y la seriedad va por dentro. Señor Granados, hay que tratarme como se trata a las damas.

—La trataré a usted como usted quiera. Amanda, con tal que no me quite la esperanza de que un día sea yo para usted algo más que un amigo, y con la condición expresa de que no se vaya usted de San Farrés hasta que yo también me vaya. Haremos juntos el viaje... ¿Verdad que sí?

—Veremos, veremos —dudó ella con hechicera coquetería—. Si es usted bueno, muy bueno...

—Lo seré. Pero usted, a su vez, no sea cruel conmigo... Déjeme usted hablarla, acercarme a usted...

—Ya daremos algún paseito juntos; será menos chocante para *el mundo* de la fonda, que recibirle en mi cuarto.

—No me es posible hoy, Amanda. Mi tía está acabando. De un momento a otro puede venirme un recado urgente... Esté us-

ted segura de que todos los momentos que me queden libres, a usted los he de consagrar.

—Hábleme usted de usted mismo... Es necesario que yo le conozca un poco.

Así lo hizo Granados. Contó sus aspiraciones de amor, su soledad en Madrid, la escasez de sus recursos, y luego, a unas preguntillas como al desdén, explicó el modo de ser de doña Mercedes, su gran caudal...

Amanda le escuchaba con atención e interés, riendo, aprobando, objetando maliciosamente en su picante chapurreo francohispano. Isidro seguía las oscilaciones de su pie, bien calzado, que la estrecha faldamenta descubría. El tobillo, algo enjuto, era airoso, y la forma de la alargada pierna, semejante a las que vienen dibujadas en los periódicos de los quioscos, en las laminillas galantes. Pero la desconocida se mostraba tan reservada, que Isidro no se atrevió a estrecharla, ni siquiera a ocupar un puesto en el mismo sofá.

De mala gana, levantose al fin, y se despidió.

—¿No vendrá usted a comer?

—Dudo que pueda... ¡Pobre tía Mercedes!

—*Merrcedés!* ¡Bonito nombre! *Merrcedés!*... Cosa de España. *Vive l'Espagne!*

Al salir al pasillo, a la puerta de la habitación contigua vio Isidro un baúl de cuero y una sombrerera, e interrogó al camareero que los portaba:

—¿De quién es ese equipaje?

—Del otro extranjero... ¿No le ha visto el señorito? Uno que es francés, o italiano, o no sé. Se va en el tren de la tarde.

Sin saber por qué —¡hay tanto de indefinible en ciertos estados psíquicos!—, el enamorado sintió como si le quitasen un peso de encima. Desde que Amanda le había interesado, notaba una antipatía larvada contra el extranjero. ¿Habría algún lazo, algún hilo entre él y Amanda? Pero él se iba, se quedaba ella... Y allá en el fondo del alma de Isidro brilló una lucecilla.

III

AL regresar a la casa de doña Mercedes, Isidro encontró a Tolosa en la primer sala. Paseábase el vejete de arriba abajo, a sacudidas, de no muy buen talante, y al ver al joven se encaró con él:

—No pase usted... Está con la señora su confesor, el padre Lamparero. No sé a qué ha venido, porque la señora confesada está y ha recibido el Viático, hará de esto diez o doce días. Hállase perfectamente preparada, y como, en su postración, apenas tiene uso de facultades, creo yo, salvo todos los respetos, que no necesita más en lo espiritual. Pero ¡cualquiera se pone en discusiones con este señor! Se ha de hacer lo que él disponga, y ¡boca abajo todo el mundo!

—Bien —respondió Isidro, que pensaba en otra cosa—. No habrá nada perdido porque su confesor la vea... Siempre la servirá de consuelo...

—Don Isidro —declaró el viejo—, no vaya usted a figurarse que soy de esos que no tienen religión. ¡Quia! ¡De los perros a mí, va diferencia! Pecador, sí; pero, ateo, ni pensarlo. La Patrona de San Farrés, la milagrosa Virgen del Buen Socorro, no tiene devoto más ferviente que yo; de eso me precio. Ahora hablan de coronarla, y he dado un par de alfilerillos de corbata que tenía y unos zarcillos de mi difunta esposa (Dios la tenga a su lado) para contribuir a la corona, que se la van a cuajar de pedrería. Pero una cosa es esto y otra que no vea uno claro, en lo de tejas abajo, naturalmente.

Y ante la interrogación del rostro de Isidro, prosiguió:

—Oiga, señor Granados. Mi deber es hablarle a usted con sinceridad, aun guardando el secreto, que debo no romper. Las dis-

posiciones testamentarias de su tía de usted están hechas hace mucho tiempo, y no han de modificarse en lo más mínimo, ahora que su cabeza rige apenas y ni aun conoce a la gente. Para impedirlo estaría yo aquí. He permitido que pase el padre Lamparero, porque se ha empeñado en ello; pero si cree que de la entrevista van a salir modificaciones, vamos, cambios a favor o en perjuicio de H o de X, no lo consentiríamos, ¿verdad? Todo tiene su límite.

Aprobó Isidro. La enferma no se encontraba, evidentemente, en situación de hacer otro testamento.

—No crea usted —añadió con insistencia Tolosa—. Desde hace varias semanas vengo oponiéndome a que pasen al cuarto de la enferma distintas personas que, en mi opinión, sólo irían a molestarla... y ¡Dios sabe! La corrección de mi conducta en estas críticas circunstancias se demuestra con haberle llamado a usted.

—Un poco tarde, en último extremo —pensó Isidro, que empezaba a entender el juego de Tolosa. Porque ha de saberse que aquel muchacho era muy inteligente: poseía penetración no común en todo —excepto en las cuestiones amorosas—. Desde que empezaba a interesarse por una mujer, cegaban los ojos de su entendimiento y era incapaz de traslucir en los actos de ella nada que no fuese honrado y noble. La clásica venda cupidinesca se había tejido para él exprofeso. Respecto a lo demás... En aquel momento veía, al través del cráneo rojizo y salpicado de islotes de canas del procurador, como de relieve, el pensamiento. «Tú tienes un buen legado, zorrillo, y por eso no quieres que se alteren las disposiciones. Por eso has alejado al que has podido, y a mí el primero; que jamás he sido llamado a pasar una temporada con mi tía, a fin de que, hecho el testamento que te convenía a ti, no interviniesen nuevas influencias. Bien; hoy conviene a mi interés auxiliarte en la combinación.»

Aprobó, pues, con eficacia, y esperó, tranquilo, a que saliese el confesor. Apareció éste al cabo de unos diez minutos, y dirigiéndose a Tolosa, como si no existiese Isidro o no reconociese su derecho a encontrarse allí, bisbiseó:

—¡La pobre señora! No me conoce... He pedido a Dios... Pero no está, no está en situación de oír.

—¿Qué le había dicho yo, padre Lamparero? —gruñó el procurador, no sin un dejo irónico—. ¿A usted? No conoce a nadie..., ni siquiera a su señor sobrino, don Isidro Granados, aquí presente.

—Muy señor mío —murmuró con cierta sequedad el padre, que era hombre como de unos cincuenta y tantos años, de perfil aquilino, de ojos amarillentos de bilis en una cara de líneas muy enérgicas. Gozaba fama de hombre astuto, de convicciones firmes y hasta pétreas, a fuer de integrista. Dirigía bajo cuerda un periódico violento, varias veces amonestado por el obispo.

—La señora —agregó Tolosa— de tal modo va hacia abajo, que ya ni hay modo de alimentarla. La debilidad la está matando. Lo creen también el doctor y sor Marta, la sierva.

—Y yo, que sin ser doctor me paso la vida a la cabecera de los moribundos, no dudo que será así. No olvide usted, señor de Tolosa, enviarme un recado cuando entre en la agonía. Vendré a auxiliarla.

—Será cumplido su deseo, con autorización y anuencia del señor don Isidro, que ya, dadas las circunstancias, manda aquí más que yo.

Un fulgor como de hoja de espada despidieron los ojos velados de amarillo del padre, fijándose en el presunto heredero de una fortuna tan cuantiosa, con la cual pudiera hacerse tanto bien, desplegar tanta actividad social. Pero la cara juvenil y franca de Isidro nada expresó que le interesase, y el padre calculó: «Todo lo que éste reciba en herencia, lo disipará con gente de malvivir, mujerzuelas y amigachos. Lo lleva escrito en la cara.»

Tal opinión se reflejó en el creciente despegado del saludo de despedida. La alta silueta, dantesca en el plegado del manteo, desapareció.

—Don Isidro —secreteó Tolosa nuevamente—, importa, fíjese usted bien: importa no dejar sola ni un instante esta señora, porque..., porque... En fin: el porqué no tardará usted en saberlo. Sólo le advierto que si se fatiga usted de la asistencia, le sustituiré yo. Establezcamos un turno: usted asiste desde ahora hasta la una, y yo vengo a las doce y media a relevarle.

—En ese caso —insinuó Isidro— podría irme a cenar a la fonda.

Tolosa alzó el palito de canela del índice.

—Don Isidro, créame a mí. Ándese con cuidado. Esa clase de mujeres es peligrosa para la gente joven que se entrega inconsideradamente a la pasión. Esas mujeres son como las almejas, que pueden comerse por humorada, pero, en gran cantidad, dan cólico.

Isidro se había puesto escarlata, y no de rubor, sino de enfado. ¡Vaya con el vejete!

—La persona de quien habla usted es una señora digna de respeto.

Tolosa tuvo un juego de músculos gracioso en su cara de yesca. Ni era sonrisa, ni dejaba de ser. Era la ironía de la experiencia, que, por un momento, le asemejaba a un Voltaire de barro cocido.

—Sí, señor —asintió, por fin—; lo será, si usted quiere. Concedo todo. Pero usted, ¿desde cuándo conoce a la madama? Desde hoy. ¡Ah, pollos, pollos incautos! Fíjese usted en que la guerra (cargue con ella el demonio) nos ha lanzado aquí unos espumarajos y unas salpicaduras... Yo (aquí la voz de Tolosa se empañó de indecisión unos instantes) creo no engañarme al asegurar que... En fin... Esa señora, o lo que sea, y su acompañante...

—¿Quién dice usted? —interrogó con sobresalto Isidro.

—¡Bah! Puede que esté yo metiendo, como suele decirse, la pata... Se me figura, señor de Granados, que le ha despertado a usted vivo interés la extranjera. En fin, la verdad ante todo. El acompañante es el italiano.

Isidro sintió una punzada fría. «Entonces, ¿aquel hombre que, en la mesa, aparentaba no conocer a Amanda...?»

—Bien —murmuró enfurruñado, como el que no quiere que le hablen más de un asunto—; y a mí ¿qué me importa?

—Nada le debe importar. Créame: ríase de ciertas cosas.

Calló el joven y se instaló a la cabecera de la moribunda. Las horas transcurrían lentas en aquella alcoba, llena de olor a drogas y a sahumeros, que la sierva quemaba. Así y todo, aún dominaba otro olor, el de la descomposición de un organismo, ini-

ciada antes de la muerte. Era un tufillo pegajoso, insidioso, que se metía por las fosas nasales. Isidro rumiaba su inquietud, su alteración de nervios; al pensar en las frases de Tolosa: «El italiano... Acompañante...» La venda se desviaba un poco, dejaba entrar una miaja de claridad. Vino luego el sofisma del amor: «Y supongamos que fuese así, ¿qué? Amanda no es una vestal: es una griseta alegre. ¿Son, por eso, menos lindos los reflejos de sus ojos, ni menos tentadora la curva de sus lomos, ni menos seductora su palidez?»

Iba el tiempo corriendo, con la monotonía de la vigilia forzosa. Isidro había pedido un libro; le dio uno piadoso la sierva, y lo soltó apenas hubo visto la portada. Vagamente, en medio de la especie de devaneo febril que padecía, reparó en los muebles de la habitación, fijándose en que eran antiguos, algunos del tiempo del Imperio, y, en cambio, la cama, dorada, grande, muy vulgar. Al lado de la cama, la más chabacana de las mesas de noche, y en un ángulo, una cómoda Luis XV auténtica, ventruda, con bronces espléndidos, algo estropeada en barnices y esquinales, pero ejemplar de gran porte, de aire verdaderamente señorial. Isidro, varias veces, volvió los ojos hacia la cómoda. ¿Qué guardaría en su panza?

Anochecía cuando el sobrino de doña Mercedes fue avisado por la sierva con un ligero bisbiseo.

—¡Don Isidro!, ¡don Isidro!

—¿Qué pasa?

—Hay que llamar al sacerdote. Me parece que la enfermita está en los últimos.

Se inclinó el sobrino sobre el lecho. No notaba síntoma alguno; pero sabía que las monjas enfermeras conocen, mejor todavía que los médicos, las misteriosas señales que hace el más allá para anunciar su próxima visita.

Tolosa y el padre Lamparero tardaron poco en presentarse. El padre estuvo enteramente conforme con la sierva. Aquello se iba, y no quedaba más recurso que los Santos Óleos y las plegarias últimas, la pavorosa recomendación del alma.

Hízose todo con fervor. Entraron a presenciarla la servidumbre y dos o tres amigas viejas, que gimoteaban más por sí que por la moribunda. Y aun no había terminado el padre las ple-

garias postrimeras, cuando Tolosa, con tristeza no fingida, murmuró al oído de Isidro:

—¡Ya no vive!

Era cierto... Empezaron esas horas, sin nombre ni forma, en que no existe sino para la muerte. El hábito, el amortajamiento, la capilla ardiente en la mejor habitación de la casa; al amanecer las misas de *corpore insepulto*; los llantos ahogados de sirvientes, en los rincones; las flores esparcidas sobre el féretro; el hablar en voz baja; el ir y venir por pasillos; la caja, la comitiva fúnebre... Tolosa, apenas falleció doña Mercedes, había entregado a Isidro un manojillo de relucientes llaves, que el sobrino deslizó suavemente en la faltriquera.

Bajo la trágica impresión, Isidro ni aun pensó en volver a la fonda en los días del entierro y funeral. Envió a Amanda unos renglones a escape, y ella contestó, en un cartoncito de orla japonesa, que «sentía mucho su disgusto». Al regresar de la iglesia, a la salida del funeral, acompañado de Tolosa y del padre Lamparero, subieron todos, y Tolosa les manifestó que estaba avisado el notario para dar lectura al testamento. Un cuarto de hora después, el notario llegó, serio y penetrado de su misión importante. Abrió el pliego, caló las gafas, y dio lectura. Doña Mercedes dejaba al padre Lamparero, para sufragios de su alma y otras obras benéficas, un cuantioso legado; a Tolosa, fincas rústicas, una dehesa y la casa-palacio en que había vivido, y a su único pariente, Isidro Granados, hijo de su hermana, todo cuanto poseía en bienes de toda clase: títulos, valores y joyas. Dichos valores, joyas y títulos se encontrarían en la cómoda de su dormitorio.

Hubo breve cuchicheo. El padre ensalzó la piedad y religiosidad de la difunta. Tolosa intentó llorar; pero sólo consiguió que asomase a sus lagrimales una secreción parecida al azúcar oscuro que rezuma sobre los higos pasos. El notario felicitó. Isidro callaba impresionadísimo. ¡Era rico; se habían acabado los años de privaciones y el suplicio de Tántalo ante el placer!

Levantose Tolosa por fin, pidió a Isidro las llaves, y abriendo la ventruda cómoda, sobre la cual jugaban amorcillos de bronce divinamente cincelados, fue sacando su contenido y deposi-

tándolo sobre la mesa. Había recuerdos de amistad, cartitas, un paquete, y, atado cuidadosamente e inserto en él, un retrato en marco de plata. Tolosa se apresuró a exclamar:

—Opino que no se abra, que se quemé.

Isidro comprendió que se trataba de cartas de amor; algún cariño antiguo. ¡Quién sabe si con el mismo Tolosa, que también habría sido joven! ¡El amor! ¡El rey del mundo!

Luego aparecieron los fajos de títulos, acciones del banco, valores del Estado... Tolosa, antes de entregárselos al sobrino, los contó metódicamente. Una gruesa fortuna (más de dos millones de pesetas). Isidro creía soñar. No había calculado jamás lo que pudiese caberle en suerte en el albur de la herencia. Luego salieron las joyas. Eran piochas, arracadas, collares, hilos de perlas, lindos esmaltes, sortijas, relojes, cadenas... Isidro tuvo una idea, inspiración repentina del sentimiento. Tomó un collar, el mejor, roca antigua, y dijo a Tolosa:

—Para la corona de la Virgen del Buen Socorro.

Alabaron el rasgo, y el padre Lamparero desarrugando el ceño por primera vez, articuló solemnemente:

—Nuestra Señora le protegerá, don Isidro...

Reintegró éste a la cómoda todo el tesoro. Tolosa aconsejó:

—Habrá que ponerlo en sitio más seguro.

—¡Bah! Si en seguida me lo llevo. Lo depositaré en Madrid en el banco.

Por la tarde, faltóle tiempo para ir a ver a Amanda. La encontró de pie, cerrando su maleta. De perchas y sillas habían desaparecido todas las prendas de ropa. Ella vestía traje de paño azul con cuello de piel y, por tocado, una gorrilla de nutria.

—Pero ¿qué sucede? —interrogó, con terror, el enamorado—. ¿Se va usted? Ya sabe que hemos convenido... No tolero...

—¡Bah! —Se volvió, con expresión de picardía en aquel mirar cambiante—. Yo sí que no tolero que me hagan *poser*. No ha aparecido usted por aquí en cuatro días, y me aburrí como una ostra en la soledad de esta infecta *posada*. Me han llegado los... la... guita... ¿No dicen ustedes así, la guita? *Donc, mon cher*, hasta Madrid. Usted tiene aquí muchos asuntos que arreglar.

—Ya están arreglados —contestó con ufanía.

—Sí; me ha dicho la dueña de la fonda que su tía apenas le ha dejado nada: todo se lo llevaron las sotanas, ¿eh? *Voilà l'Espagne!* ¡Ole!

—La dueña de la fonda no sabe lo que se dice —protestó Isidro—. Mi tía ha sido tan buena, que me ha legado una fortuna. Por lo mismo, Amanda, hubiese estado muy mal que la abandonase en sus últimos momentos y no recibiese el duelo. Ahora me tiene usted libre, y a Madrid nos vamos juntos. ¡Diga usted que sí, Amanda! —Al ruego unió Granados un intento de aproximación; pero la francesita se escurrió como una anguila, no sin consentir que el rostro de Granados se juntase con el suyo un espacio de tiempo inapreciable.

—¡Ah! ¡Tenga usted juicio..., joven heredero! Siéntese y óigame, porque la hora del tren se acerca. No saldré con usted de San Farrés. *Jamais de la vie!*

—¡Amanda!

—No, no saldré... Estese usted muy quieto..., fíjese bien, entienda. Si salimos juntos, será un escándalo enorme en este pueblo *bigot* (beato). Su conducta de usted merecerá severos juicios. Estando de duelo, mucho más.

Isidro hizo con los hombros un movimiento de indiferencia, de qué se me da a mí.

—No —declaró Amanda—, no le importará a usted por el pueblo; pero acaba usted de decir que le merece respeto la memoria de su señora tía, de su respetable tía. Encontrarán que procede usted con esa *sacré* memoria de un modo inconveniente, chocante.

De esta vez, Isidro encontró que Amanda hablaba como un libro, y pensó que había tenido el acierto de prendarse de una mujer inteligente.

—Y aún quedo yo —prosiguió la desconocida—. Yo tengo mi honra, ¿eh?, y a usted le consta que la tengo. No voy a dejar detrás de mí la impresión de ser una *trainée* (arrastrada). Permítame usted que concluya. Yo salgo ahora, en este mismo instante, para Alcantarejo, el empalme del ferrocarril. Allí le aguardo.

Un grito de gozo rebotó de la garganta de Isidro. Tendió de nuevo los brazos para estrechar a la francesa, que, como venci-

da por atracción irresistible, dejó un momento caer la cabeza sobre el hombro del joven.

—Le aguardo —continuó rehaciéndose— en la fonda de la estación, en el tren de la mañana. Almorzaremos juntos, y en el de la tarde seguiremos a Madrid. ¿Está bien?

—Habrá que resignarse —suspiró él—. Los esclavos obedecen.

—*Farceur!* —Y un picante guiño subrayó el calificativo—. Ahora, puesto que está convenido todo, se va usted a su habitación, o adonde guste, ¡y no se le ocurra escoltarme a la estación! ¿No encuentra usted divertido chasquearlos a todos, a este pueblo estúpido?

—¡Hágase como usted quiera! Pero, ya que obedezco, sea usted buena a su vez.

Los labios cobraron el concedido favor, y se retiró Isidro, embriagado, sin saber lo que le pasaba. La explosión pasional le hacía tambalearse. ¡Por fin, la aventura, la aventura soñada, ansiada, fantaseada por tantos años de frío aburrimiento o de satisfacciones groseras y baratas! El perfume de la francesita había quedado en sus cabellos, en sus manos. Se bañaba en él con fruición misteriosa. ¡Mañana!

Para rehuir la tentación de correr tras de Amanda a despedirla, volvió a la casa de doña Mercedes, donde Tolosa ya estaba medio instalado, como propia suya que era. El viejo le recibió cordialmente y se enteró de sus planes, aprobándolos en todo, menos en un punto.

—Remita usted lo que algo importe por valores declarados, créame... y va usted libre de toda inquietud.

Prometió, para que no le diese «la lata» el bueno de Tolosa; pero como legítimo embebecido de amor, lo que hizo fue reintegrarse a la fonda, pedir la habitación que acababa de dejar Amanda, y echándose sobre la cama, donde creía respirar aún el capcioso aroma, fumar cigarro tras cigarro, y no levantarse hasta la hora de comer.

IV

ENTRETANTO, la francesita había llegado al empalme. Un hombre buen mozo, de roja corbata, camisa sin planchar y chaqueta de terciopelo negro muy usada, esperaba en la estación.

—Creí que no venías, que te burlabas de mí —fueron las primeras palabras del italiano a su *marmita*.

—¡También tú! —protestó ella—. Las cosas no se hacen solas. Lo traigo todo bien arreglado. Pero conviene que no nos vean juntos en la fonda. Es de primer importancia.

—Pues echemos a la derecha, hacia el pozo. ¿No lo ves allí? Un sitio bien solitario...

A la siguiente mañana andaba Isidro, en sentido inverso, el camino que le llevó a San Farrés días antes. Pensaba en el cambio de su suerte. Volvía a Madrid opulento, y también dichoso. Amanda era la dicha. Y aquellas casas, aquellos árboles, que otro amanecer le habían parecido tétricos, ahora, bajo la luz de un día claro, adquirirían tonos rubios y alegres de acuarela. En la red descansaba un saco voluminoso, que contenía la herencia de doña Mercedes. En su bolsillo, una cartera bien provista de billetes de banco. Alrededor de su cuerpo, un denso abrigo comprado de contrabando, una prenda sin par, que le protegía contra la aguda brisa de la mañanita de diciembre.

Los billetes que rellenaban la cartera estaban en la famosa cómoda, y Tolosa había declarado que, «en derecho», eran del sobrino. El saco, amazotado y ordinario, pero fuerte, había pertenecido a la señora. En medio de su ilusión amorosa, Isidro no perdía de vista al saco. ¡Refieren tantos percances y atentados los periódicos! Ahora, estorbándole la idea, el cuidado, pen-

saba que debía haber accedido a las indicaciones de Tolosa, y remitir por «valores declarados» su tesoro. Se le ocurrió que todavía podía hacerlo en la estación de empalme; tiempo, había suficiente. Pero, al formar este propósito, estaba cierto de no realizarlo. Al encontrar a Amanda, los minutos serían pocos para respirarla, devorarla, estrujarla entre sus brazos... Tendría cuidado; iría pendiente del saco de mano famoso. Y, además, serían dos a vigilarlo: Amanda, por su parte, también ayudaría. Amanda sería lo que Tolosa quisiese; pero de eso a lo otro...

Desfilaba el camino. El júbilo de la mañanita del sol, que se anunciaba glacial, irisada, riente, sobre la perspectiva de los nevados picos, se le metía por el alma. Con la fantasía en ebullición, Isidro formaba planes. Tomaría en Madrid un pisito muy cuco, para instalar a Amanda; le alquilaría un coche por mes. La llevaría al teatro; la enjorjaría. Le envidiarían los de la peña de su café. ¡Le envidiarían por tantos estilos! Y la felicidad parece más encantadora reflejada en el espejo amarillo de la envidia.

No lejos ya de la estación de empalme, Isidro vio con sorpresa que salía humo de una casa aislada. No tuvo tiempo sino a convencerse de que, en efecto, la casa ardía, y de que nadie acudía en su socorro. ¿Quién había de acudir? Era el desierto; en cuanto la vista podía alcanzar, no se divisaba una cabaña, un cobertizo, una iglesia, un ser humano, ni siquiera un rebaño, ni un carrillo tirado por una mula... Nada, sino riachuelos helados, y la gándara, con su rala vegetación de brezos y bálago. Y pensó Isidro un momento en los males que no pueden ser socorridos, en los terribles sucesos que no tienen remedio humano, en las fatalidades. Sin saber por qué, se le encogía el corazón. Notó que iba en el tren casi solo. ¿Y si saltasen dentro ladrones, si le despojasen del saco magnífico?

Conjuró tan tristes previsiones la llegada al empalme. En la estación tampoco se veía un alma.

«¿Por qué no me espera esa mujer? —discurrió—. ¿Me habrá engañado, se habrá largado sin mí?»

Bajose, entregó la maleta a un chicuelo, y cargó él mismo con el saco. Guió el muchachete, y se encaminaron a la fonda, al mar-

gen mismo de la vía. Salió un hombre gordo, de bigotazos, con un mandil azul.

—¿Una habitación?

—Suba el señor.

—Y el almuerzo, ¿pueden servírmelo en ella?

—¿El señor esperará el tren de la tarde?

—Justo.

—Pues a la una, si gusta, el almuerzo estará servido.

—Que sea bueno... Y diga usted. ¿No está aquí desde ayer una señora rubia, joven, francesa?

—Sí, señor; en la habitación de al lado.

—Hágame el favor de avisarla de que estoy aquí.

—¿Qué nombre le digo?

—Don Isidro... Es bastante.

Una sonrisa burda fue el comentario; pero Isidro no la vio, porque ya el huésped tenía vueltas las espaldas. Amanda aún se hizo esperar unos minutos. Al fin se presentó, hecha un pimpollo de fresa y emperijilada. Todo era estudiado en su atavío. La blusa, de pana azul, tenía incrustaciones de gasa y oro. La falda, abierta, según una moda anticuada ya, descubría la pierna, rodeada de cintas azules, sobre medias transparentes como tul. Un hilito de perlas falsas, bien imitadas, ceñía su cuello; agasajaba las manos en un manguito de falsa chinchilla, y el perfume conocido acabó de trastornar los sentidos de Granados, que hizo mil extremos amorosos. Amanda, como siempre, se impulsó.

—Vamos a dar un paseíto al sol mientras preparan el almuerzo.

Salieron, ella, envuelta en una gran estola compañera del manguito; él, empaquetado en su gabán, pues debajo llevaba ropa sobrado ligera. «En cuanto llegue —pensó— tengo que equiparme.»

Apenas había bajado la escalera de la fonda, cuando una idea asaltó a Isidro.

—¡Cáspita! Me he dejado el saquito en la habitación... ¡Si me lo robasen!...

Corrió, voló. Sudaba frío, de miedo. Se precipitó a su cuarto. Allí estaba el saquito, intacto, sobre la maleta, como lo había co-

locado el chicuelo. Lo cogió y bajó con él en la mano, dirigiéndose al despacho del jefe de estación, a quien rogó se lo guardase. Tranquilo por tal concepto, se reunió con Amanda otra vez.

—Mi saquito... No era cosa de dejarlo en la fonda, a disposición...

—¿Vale mucho? —preguntó afectando asombro.

Granados sonrió.

—Bastante.

—Vamos, las riquezas de la respetable tía —añadió ella picarescamente.

Avanzaron. No sabían adónde ir. Recorrieron el jardinete de la estación, sin flores, a excepción de unos arriates, donde asomaban las tímidas cabecitas algunas violetas. Isidro, devotamente, las recogió para su amiga una por una. Ella lanzaba exclamaciones de gozo, que pretendían ser infantiles, y las iba prendiendo con alfilerillos de perlas en el pecho, bajo la solapa de la blusa. Terminada la recolección, quisieron alejarse un poco, siguiendo la vía, pues los campos eran zanjas de barro resquebrajado o yermos eriales. Amanda se cansaba, estropeaba sus zapatitos.

—Volvamos a la estación, ¿eh? Nos sentaremos en los banquetos, esperando la hora de almorzar.

Así lo hicieron. Sobre sus cabezas mostraba la faz pálida, orlada de negros jeroglíficos, el reloj, y a cada instante lo consultaba con la vista Isidro, impaciente, nervioso. A la una menos cuarto se cansó, y dijo a Amanda:

—Subamos. Mientras preparan la mesa...

Ya el mozo extendía el mantel, iba trayendo copas, servilletas, platos.

—Vendrán ordubres —mandó Isidro—, aceitunas, mortadela... ¿Tendrán perdices en escabeche? ¿Sí? Y una latita de fuagrás... ¡Ah! Una botella de Champagne, de lo mejorcito.

Poco a poco fue apareciendo cuanto se pedía. Amanda se sentó, declarando que se moría de hambre. Desde la sopa reinó encantadora cordialidad. Se tutearon. Isidro bromeaba, trinchaba, ofrecía manjares, llenaba la copa. Los vapores del Champagne iban esparciendo por sus venas ese entusiasmo que determina

la pasajera intoxicación del ácido carbónico. Todo pesimismo había desaparecido: el porvenir se le presentaba como un lago de azules ondas, y por él, en curvo esquife, bogaba con Amanda, coronados de rosas, cantando canciones... No era engañosa la suposición. En efecto, Amanda cantaba. Alborozada ella también por el espumoso de su patria, su verdadera profesión le salía por la boca. Las coplas entonadas en los teatrillos y cafés, en los escenarios de última fila, saltaban, canallescas. Todo aquel barniz de decoro, de profesión honrosa, que adoptó la daifa para mejor atraer al simple, se resquebrajó al calor de la comida, excitante y succulenta, al picor del *Ay mousseux*, y acaso al hervir de la pasión en un pecho varonil.

Isidro era joven, no mal parecido, de otra manera que el italiano..., lo bastante para sugerir... Por un momento titubeó la mujer. ¿No sería mejor prevenir al español, advertirle del peligro, y con él disfrutar el capital que el misterioso saco encerraba? El miedo intervino. La degollaría con el *surin* ya acostumbrado a baños sangrientos; o la retorcería el pescuezo, lo mismo que si fuese una gallina...

No estaba Isidro en disposición de notar el contraste entre el anterior aspecto de Amanda y el actual. Algo ebrio, y no sólo de amor, se entregaba al encanto de la hora. Murmuraba cosas dulces al oído de la cupletista, pensando:

—¡Bah! Después de todo, yo no he imaginado nunca casarme con ella... Es un lance de galantería delicioso, y no más... ¡La aventura! ¡La aventura!

Una nueva botella de Champagne fue pedida, y la lengua de Isidro se desató:

—¿Sabes que en San Farrés había quien hablaba muy mal de tí? Un señor amigo de mi tía me dijo que me guardase de venir contigo... ¿Qué te parece?

—¡Ya sé quién sería! —exclamó ella, arrebatada, y sin cautela igualmente—. El *vieux singe* de Tolosa. ¡Ah, ese!

Y un guiño picaresco completó la revelación. Isidro creyó verlo ya todo claro. Sí, sí, el hipocritón de Tolosa había rondado a la gentil francesita... El despecho...

Rió a carcajadas. Estaba contentísimo, y muy audaz. Amanda, sin embargo, no se rendía, aunque su sonrisa fuese más pro-

metedora y sus ojos perlinos resplandeciesen con fosfórica luz, como los bellos ojos de los gatos. Iba tocando a su fin la segunda botella del espumoso cuando la francesa se incorporó.

—¡Ay, ay! ¡Que ya debe de faltar poco para la llegada del tren de la tarde!

Salió, para arreglarse, según dijo. Isidro llamó al mozo, pagó la cuenta sin mirarla, dio propina regia. Mandó después, con voz algo opaca, que llevasen la maleta al tren, y buscasen un departamento donde fuesen solos, ya que no traía *sleeping*.

A la primer bocanada de aire puro, la embriaguez de Isidro se disipó un tanto, aunque él había oído decir que es lo contrario lo que sucede. ¡Jesús! ¡Pues no iba a olvidar el saquillo! ¡Friolera! El jefe se lo entregó, haciéndole observar que iba cerrado lo mismo que al recibirlo. Lo agarró Granados y subió al vagón, registrando por todas partes a ver si efectivamente estaban solos Amanda y él. En su departamento, sí; en el del lado, un viajero con lentes azules y barba rubia, calada la gorra de cuarterones, leía atentamente un periódico.

—¡Bah! Parece un alemán.

Y, obsesionado con la idea, fue lo primero que notició a Amanda, riendo con ternura, al ayudarla a subir.

—¿Sabes que ahí viene un *boche*? Mucho cuidadito con lo que se habla. ¡Dios sabe si será un espía!

Amanda se entreasomó al pasillo que separaba los departamentos y echó una mirada rápida, ansiosa, hacia el supuesto *boche*. Éste alzó un segundo, no la cabeza, sino los ojos, y respondió, con signo afirmativo, a la ojeada de la cupletista.

—No tiene trazas de *boche* —dijo a Isidro—. Parece un inofensivo viajero. En todo caso, no se ocupa de nosotros. ¿Si le imitásemos, eh?

Nada más grato... Del *boche*, aunque lo fuese, se sentía dispuesto a prescindir.

El vértigo del espumoso duraba aún, y con él, aquel estado de engrimiento, de optimismo y resolución que causa este vino delicioso. Todo le parecía bello, deleitable; la sensación amorosa se intensificaba y, además, se poetizaba, sin mezcla de baja sensualidad. Ansiaba decir a Amanda versos, y lo dejaba para cuan-

do brillase la luna, ¡porque nada como la luna para las embriagueces románticas! Toda su vida en prosa, en prosa humilde y pedestre, le parecía desquitada en aquel instante, que por dentro llamaba sublime, y hubiese querido hacer eterno. Silencioso, apretó a Amanda contra el pecho, en un abrazo ferviente, como extático... Sobre las llanuras empezaba a extender su velo la noche, y en el cielo, despejado y sombrío, flotó una enorme moneda de plata, una luna firme, invernal... Corría el tren, no mucho, más bien carranqueando, y las paradas frecuentes contribuían a aumentar la sensación de lentitud.

—¡Amanda, Amanda de mi corazón! —murmuraba Isidro, sin desear más, sin pedir sino que se prolongase el momento.

Ella callaba, como si también participase de aquel arrobaamiento misterioso. Bajaba los ojos, reflexionando probablemente. Avanzaba la noche, y el vagón estaba envuelto en silencio, como si transportara fantasmas...

El revisor, de pronto, saltó dentro de él, abriendo ágilmente la portezuela.

—¿Billetes?

Registró sus bolsillos Isidro, despertando como de un sueño, y presentó los cartonillos. Los perforó el empleado y los devolvió. Al hacer este movimiento, Isidro, involuntariamente, fijó los ojos en la red, donde continuaba el saco, al lado del coque-tón saquillo—neceser de Amanda.

—¡Qué importuno! —gruñó, refiriéndose al empleado—. ¡No le perdono que haya interrumpido un momento tan feliz!

Amanda rió... Sus brazos volvieron a ceñirse al cuerpo de Isidro, como si quisiesen sujetarle, impedirle todo movimiento. La luz del departamento estaba velada. Un transporte vehemente se apoderó de él. Estrechó, haciéndole daño, a la cupletista. Ésta dio un ligero grito, como de sorpresa.

Y fue casi simultáneo el sentir Isidro que unas manos rodeaban su cuello, apretando con bárbara fuerza y, sobre todo, con refinada habilidad. Al mismo tiempo, Amanda, desceñida del brazo, subía sobre la banqueta de enfrente y tomaba los dos sacos, el suyo y el de su compañero de viaje. El desdichado sobriño de doña Mercedes quiso invocar a la Virgen del Buen Socorro —¿por qué?, nunca lo supo—; pero se desvaneció. Aca-

baban de aplicarle un pañuelo impregnado de cloroformo a la boca.

La francesita y el supuesto *boche* dialogaban.

—Regístrale —ordenaba el hombre—. Quítale cuanto pueda probar su identidad; no le dejes cosa ninguna...

Obedeció la mujer, y el hombre, que ya no lleva los azules lentes, y cuyos negros ojos contrastaban con su barba rubia, fue guardándose en el bolsillo cartera, reloj, pañuelo, objetos varios.

Isidro roncaba bajo la acción del cloroformo y de la semiasfisia del apretón que habían dado a su pescuezo.

—¿En la primera estación? —interrogó Amanda.

—No; a él no podemos bajarle en una estación, nos perderíamos. Vamos a arrojarle por la ventanilla; ayúdame...

Y cuando el tren llevaba mayor velocidad, abrióse una portezuela, y el cuerpo inerte de Granados fue lanzado, al vuelo, lo más lejos posible de la vía. Cerraron la portezuela los cómplices, y continuó la marcha del tren. En la primera estación, descendieron Ludovico y la francesa por la parte opuesta al andén. Cargaba cada cual un saco; él guiaba.

—Tengo —decía— bien estudiada la ruta... Como la palma de la mano la conozco... Ahora hay que andar un ratito antes de llegar a Ciudad Fuerte... Allí, en una mala posada, he guardado un automóvil de alquiler.

—¡Cómo pesa el saco! —exclamaba Amanda—. Podías llevarlo tú y darme a mí el mío.

—Las mujeres, ¡qué egoístas! Anda, arrea.

—Bueno, si me canso y me siento, ¡no llegaremos a Ciudad Fuerte nunca!

Tomó el saco el cómplice, y empujando con el pie a Amanda, ordenó brutalmente:

—¡A ver si te sacudes!

Al entrar en Ciudad Fuerte, se deslizaron por callejas extraviadas. Ludovico, que no en balde había dedicado días a preparar el golpe, guiaba con seguridad hacia el mesón. Preguntó por «su automóvil», y le fue respondido que estaba en un patio, especie de corral. Ludovico entró, examinó el artillugio. Era un cascajo, de esos mandados retirar, que se alquilan no obstante. Hallábase bien provisto de gasolina, y Ludovico, examinando

el motor, se cercioró de que, desvencijado y todo, acabaría por marchar. Le ató unos cordeles en las hendidas ballestas, y Amanda se metió dentro, en compañía de los sacos. El italiano cogió el volante, y salieron, no a toda velocidad, porque Ludovico temía que la chocolatera acabase de desbaratarse, sino a una marcha regular, con un *irro, rro!* de ferranchinería insufrible.

VI

ENTRETANTO, tirado en un rastrojal, al borde de una carretera desierta, empezaba Isidro a recobrar el conocimiento, a respirar ávidamente el aire de la noche. Le dolía todo el cuerpo, y no comprendía dónde estaba. Con sumo trabajo recordó. ¿Qué había sucedido? Disipábase a trozos la pesadilla. La estancia en San Farrés, la muerte de doña Mercedes, el viaje en el tren, las últimas caricias de Amanda... Y la veía, ¡horror!, trepar tan ágil para alcanzar a la red y apoderarse del saco, mientras el cómplice le estrangulaba... ¡Una ladrona! ¡Un apache! Temblaba de repugnancia y de frío. Estaba perdido, despojado, burlado, y... ¿No se le habría roto nada, para colmo de infortunio? Probó a levantarse. Sentía penoso magullamiento, los huesos molidos; pero parecía que no hubiese fractura ni de cabeza ni de miembro. Le había protegido, al rodar de la vía a aquella carretera olvidada, por un talud, el recio gabán de contrabando que por consejo de Tolosa había comprado la víspera... ¡No! Le había protegido la Virgen del Buen Socorro, ¡a quien invocó como el náufrago cuando la mar se lo traga! Una efusión de gratitud le movió a llorar...

Se enderezó, se puso en pie... Pensaba trepar a la vía, pedir auxilio cuando un tren pasase. Después calculó que hasta el amanecer no pasaría ninguno. Había que buscar otro arbitrio. Con la voluntad en tensión, dominó el malestar físico, horrible, el quebrantamiento que sigue a las caídas desde gran altura, y rompió a andar carretera adelante. Malo sería que no llegase a sitio donde hubiese gente, auxilios humanos, y le pudiesen dar una cama, unas fricciones de alcohol, y pudiese avisar a la Guardia civil, denunciar el atentado. Caminó larguísimo trecho, dete-

niéndose a ratos para descansar un poco, y sin encontrar poblado, ni alma viviente, ni un mal chozo, ni una tapia a que arriarse. Era la estepa en toda su desnudez, el clásico *despoblado* interminable. Por no haber, ni un árbol había en el largo recorrido. Sus fuerzas iban agotándose. De súbito hizo la carretera un recodo violento, al torcerse hacia un antiguo y estrechísimo puente de piedra, sobre un riachuelo medio helado. Isidro supuso que el puente, el riachuelo y unos olmos que a su salida se columbraban, irguiendo en la noche sus altas y gallardas siluetas, indicaban la proximidad de habitación humana, y, reanimado, siguió adelante. No se había equivocado: a corta distancia, divisó el caserío de un poblado humilde, a aquellas horas, ya avanzadas, sombrío, sepultado en sueño. Se dirigía a él cuando oyó un ruido singular, un traqueteo, un crujir de hierros y un rodar desigual y sin ritmo. El estrépito sonaba más allá del puente.

—¡Un automóvil! —pensó, sorprendido; pero sin relacionar la observación con su propia historia.

El traqueteo se aproximaba. Isidro volvió atrás: un automóvil podía socorrerle, recogerle, transportarle. Notó, sorprendido, que el automóvil venía sin faros. Siguió acercándose a él, con ánimo de rogar a los que ocupasen el coche que le condujesen a algún sitio en que pudiese dar parte y hallar albergue. Aquel automóvil, en tan impensados sitio y hora, representaba la salvación... Púsose del otro lado del puente, en acecho, para gritar: «¡Socorro!» con toda la fuerza de sus pulmones... Y antes de que gritase, oyó un estampido, que tuvo algo de desate de torrente y algo de cañonazo. Comprendió... El automóvil acababa de chocar contra el puente al hacer violento viraje, y desbaratando parte del pretil, quedaba montado sobre él, en posición de caer al río.

Se precipitó el joven... Por fortuna, la noche era clara, la luna no se había puesto del todo aún. Vio, allá en el río, al margen, un cuerpo, el del hombre que guiaba el auto. Dentro se oían quejidos. Se inclinó sobre la portezuela, que colgaba arrancada de sus goznes, y notó que allí yacía una mujer, más bien un informe bulto. Entonces pensó Isidro en su encendedor, y lo buscó en los bolsillos del chaleco; por suerte, no le habían quitado

la cajita de níquel. Encendió vivamente y miró... ¿Era posible? Aquella cara, destrozada por rotos vidrios, bañada en sangre, ¿podía ser la de Amanda? Su imaginación le jugaba una pasada cruel... En el ángulo del semideshecho coche divisó algo que, como un relámpago, le deslumbraba. ¡El saco robado, el saco! Alzó los ojos al cielo. Era la segunda vez que en tan triste noche se sentía amparado por la Providencia. Extendió la mano, recobró lo suyo. ¡Qué dulce le fue el peso del relleno saco! Arma-do ya de precaución, desconfiaba si le habrían quitado el contenido y metido piedras... Pero el saco iba abierto, y una sola, rápida mirada bastó para convencerse de que contenía su carga de papeles y envoltorios de objetos preciosos: toda su espléndida carga..., hasta la cartera, bien surtida de billetes...

Y entonces sintió que, en conciencia, no debía vengarse abandonando a los malvados, dejándolos morir como perros... Puso a un lado el saco y procedió al salvamento de Amanda. Le fue difícil, porque, desmayada, no se ayudaba, no había manera de arrancarla del amasijo. Al fin la extrajo, de entre rotas maderas y hacinados cojines, fragmentos de vidrio y retorcidos trozos de hierro. No tenía fuerzas Isidro para cargar con la mujer. La depositó como pudo al borde del camino y echó a correr hacia el caserío, que no lejos se divisaba...

Cuando pudieron recoger a las víctimas del siniestro, se comprobó que el hombre respiraba apenas y tenía rota la espina dorsal, y la mujer, hecha trizas la cara por los vidrios, amén de dos costillas destrozadas y rotos varios dientes.

Apenas vio que quedaban atendidos por el médico del lugar, Isidro alquiló un caballo, se dirigió a la estación del ferrocarril, y, abrazado al saco, siguió hacia Madrid su viaje.

Sólo a Tolosa, en un instante sincero, escribió la verdad, confesando que más le hubiese valido guiarse por él... Y el viejo, moviendo la cabeza, decidió:

—¡Cosas de la juventud! Con todo eso... ¡quién tuviese veinticinco años y el pelo como la tinta!